

Omraam Mikhaël Aïvanhov

La misa
y los sacramentos:
ritos solares

Traducción del francés



Colección Stani

EDICIONES PROSVETA

Parte I

La misa



La misa, una teúrgia

Incluso entre las personas que se dicen católicas, muchas ya no van a misa, ¿por qué? Y entre aquellas que todavía van, ¡cuántas comprenden verdaderamente el sentido! Observan, escuchan, recitan oraciones, cantan cánticos, pero si se les preguntara, no sabrían decir lo que esta misa significa para ellas. Así pues, ¿para qué les sirve? Está muy bien que vayan a misa, que asistan a todos los oficios religiosos, pero sería necesario que comprendieran un poco mejor lo que oyen y lo que sucede ante sus propios ojos. De lo contrario, no hay que extrañarse de que, incluso los creyentes, abandonen cada vez más las iglesias. Y tampoco hay que imaginarse que para retenerlos, basta con “modernizar” los oficios.

Durante siglos, el clero logró convencer a los cristianos que creer era suficiente. Así pues, creyeron, y grandes multitudes se amontonaban en las iglesias. Ahora que la educación ha hecho evolucionar las mentalidades, los creyentes tienen también necesidad de comprender. Cuando se me ocurre entrar en las iglesias donde por todas partes solo se ven imágenes y símbolos, o incluso cuando miro la retransmisión de una misa por la televisión, me pregunto qué es lo que esto representa verdaderamente para los fieles, incluso para los sacerdotes. ¡Esas imágenes, esos símbolos, esos ritos, tienen un sentido tan profundo! Quisiera que el mundo entero

reconociera la grandeza, el carácter único del cristianismo y de los ritos a través de los cuales se expresa, pero primero es necesario que sea comprendido, y todavía no ha sido comprendido.

Sin embargo, hay miembros del clero que están instruidos del aspecto profundo, esotérico de su religión. ¿Por qué no se manifiestan? ¿Acaso temen ser condenados por la Iglesia que rechaza divulgar algunos conocimientos por temor de ver profanadas cosas sagradas? Es cierto que en todas las religiones existe una enseñanza esotérica reservada para una élite, y una enseñanza exotérica... ¡para los demás! Pero esta separación no debe ser mantenida siempre. Hay ciertamente revelaciones que es mejor silenciar por el momento, podrían no ser comprendidas y serían pues mal utilizadas. Yo tampoco os lo revelo todo. Incluso aunque no fueran profanadas, ciertas revelaciones hechas prematuramente no son apreciadas, y esto no es bueno para aquellos que las reciben.

Pero ahora, cada vez hay más personas capaces de comprender muchas cosas. Entonces, ¿por qué continuar presentando dogmas que no tienen ningún fundamento real o que han perdido su significado?; ¿por qué continuar hablando de misterios: misterio de la Santa Trinidad, de la Eucaristía, de la Encarnación, de la Redención? Para aquél que sabe descifrar el libro de la naturaleza, el libro de la creación escrito por Dios mismo, no existe tanto misterio. Tomemos solo la cuestión de la trinidad que, bajo nombres diferentes, aparece en la mayoría de las religiones. Originalmente siempre hay un ser, este engendra otro, que a la vez engendra él mismo un tercero. En la cristiandad, se les llama el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre, es la vida que engendra el universo, la fuente de donde brotan todas las creaciones. El Hijo puede asimilarse a la luz, porque el Cristo dijo: *“Yo soy la*

luz del mundo”; pero también puede manifestar el amor. Y el Espíritu Santo, que descendió sobre los apóstoles bajo forma de lenguas de fuego, representa el calor, el amor; pero también es la luz que ilumina las inteligencias y otorga la facultad de conocer y penetrar los misterios.

En realidad, poco importa cuál es el amor y cuál es la sabiduría. La cuestión esencial, es comprender que esos tres principios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se encuentran en la vida, la luz y el calor del sol. “Pero, diréis, ¿tenemos el derecho de encontrar a esas tres elevadas entidades en la luz, el calor y la vida del sol?” Si, y esta correspondencia nos permite contemplar cada mañana La Santa Trinidad, de unirnos a ella, comunicarnos con ella, con el fin de recibir todas las bendiciones. Es una promesa de resurrección y de vida.

Podemos evidentemente hablar de misterio, pero con la condición de no dar a los creyentes la impresión de que se encuentran ante algo cuyo sentido les permanecerá siempre escondido y que deben admitir sin tratar de comprender; esto no es ni psicológico, ni pedagógico. Al contrario, hay que asegurarles que pueden acercarse, cada vez más, a algo inmenso, sublime, cuyo sentido nunca acabaran de profundizar ni de descubrir su belleza. Algunas realidades espirituales nos serán siempre impenetrables y deberemos continuar buscando. La conciencia de que existe un mundo aún desconocido, mantener al alma despierta: son esfuerzos para elevarse siempre hasta el verdadero conocimiento.

Yo aprecio mucho a la Iglesia católica, y me gustaría encontrarme con algunos de sus representantes para decirles que deben ahora instruir mejor a los fieles. Hay muchos temas de los que podríamos hablar y cambiaríamos nuestros puntos de vista. No es seguro que conseguiría convencerles enseguida, pero lo que les diría les haría ciertamente reflexionar;

y yo sé que algunos de ellos leen mis libros. El sentido de lo sagrado está profundamente inscrito en cada ser humano, solo es preciso saber cómo despertarlo. No lo despertaremos con dogmas y artículos de fe que son, para la mayoría de los cristianos, realidades abstractas, sino presentándolo como un alimento vivo.

Todos los dogmas, todos los artículos de fe, todos los ritos tienen un sentido, una razón de ser, pero deben ser vivificados. Ignoro por quien y en qué momento fueron creados esos símbolos e instituidas esas ceremonias y esos ritos, pero es evidente para mí que fueron pensados por espíritus superiores que poseían un inmenso saber. Y no os ofusquéis si me oís decir que ese saber pertenece esencialmente al ámbito de la magia, la magia divina, la teúrgia.

Durante siglos, la Iglesia ha combatido frecuentemente las ciencias llamadas ocultas, y también pues la magia. En lugar de poner tanto empeño en combatir a aquellos que consideraba magos, brujos, hubiera sido mejor instruir a los humanos enseñándoles a diferenciar entre la magia blanca y la magia negra. Porque la Iglesia misma practica la magia. ¡Cuántos ritos de la religión cristiana, la misa sobre todo y los sacramentos, son en realidad ritos mágicos! Algunos lo comprendieron bien, pero ¿quiénes? Los adeptos de prácticas satánicas que, desde hace siglos, hacen lo que se llama “misa negra” desviando el simbolismo de esta ceremonia. Mientras tantos buenos cristianos se quedarían sorprendidos de oír que, asistiendo a misa, participan en un rito mágico, magos negros conocedores de su significado y su poder, se sirven de ella para atraer entidades tenebrosas que les ayudaran a realizar sus malos propósitos. ¿Cómo es posible que el mal se muestre a menudo más inteligente y perspicaz que el bien? Se trata ahora de despertarse y comprender.

La palabra “magia” no debe dar lugar a todo tipo de elucubraciones. En realidad, es muy sencillo. La magia es la ciencia y la práctica de influencias. Toda actividad, por insignificante que sea en apariencia, un gesto, una palabra, una mirada, un pensamiento, un deseo produce necesariamente efectos buenos o malos; es pues ya una forma de magia. Podemos incluso decir que la magia es la primera de las ciencias, Basta un movimiento, una huella, una vibración, para entrar en el campo de la magia. Cada vez que un ser actúa sobre otro o sobre un objeto, realiza un acto de magia. Cuando observamos el sol, las estrellas, las montañas, los lagos, actúan sobre nosotros, nos influyen. Y nosotros también, en cierta forma, les influenciamos. En el universo todo es magia, porque todo son influencias recíprocas. Prohibir la magia es prohibir la manifestación de toda la vida.

La magia no es pues esta práctica oscura y complicada que la mayoría de gente se imagina. La magia blanca, como la magia negra, está fundada en la ciencia de las vibraciones y sus diferentes cualidades. Es importante que el ser humano tome conciencia que, en este organismo vivo que es la naturaleza y en el cual tiene su sitio, la mínima de sus manifestaciones tiene una resonancia y actúa sobre todo lo que le rodea. Aquellos que se ejercitan en introducir la armonía y la luz en sus pensamientos, sus sentimientos, sus actos para fomentar lo mejor que hay en cada ser, se convierten en magos blancos. Entonces, la naturaleza entera empieza a abrirle sus puertas, les acepta en sus festines, les viste con sus ropas, porque son verdaderos hijos, verdaderas hijas de la luz.¹

Hoy en día en que ya no hay que temer ser perseguidos por la Iglesia, cada vez hay más gente que recurre a las prácticas mágicas para triunfar en sus empresas que a menudo no son ni honestas ni morales: seducir a los hombres y a

las mujeres, satisfacer sus ambiciones, eliminar a los competidores. Y no faltan los libros que les dan los medios para conseguir sus fines, sin advertirles, evidentemente, de los peligros psíquicos a los que se exponen. Si sois atraídos por las prácticas mágicas, que os baste con hacer cada día un trabajo benéfico con el pensamiento. En todos los lugares que vayáis, en todos los objetos que toquéis, esforzaos en introducir partículas de luz que habréis arrancado de vuestro corazón y de vuestra alma. De esta forma crearéis en el mundo invisible espacios sagrados que actuarán benéficamente sobre todas las criaturas.

Si la Iglesia se ha mantenido hasta hoy, es gracias a la misa, esta ceremonia mágica en el transcurso de la cual el pan y el vino se convierten, simbólicamente, en el cuerpo y la sangre de Cristo. La lástima, es que muchos sacerdotes no hayan sido verdaderamente preparados para esta celebración, ni los fieles tampoco. Si hubieran sido mejor instruidos, la misa hubiera tenido, todavía, un más grande poder. ¿Qué representa una iglesia o una catedral?... ¿Por qué en ellas encendemos velas o lamparillas?... ¿Por qué se quema incienso?... ¿Por qué el sacerdote bendice a la multitud?... ¿Por qué se arrodillan ante las estatuas y les dirigen oraciones?... ¿Por qué llevan medallas o cruces?... Todos estos actos tienen una función mágica: se trata de trabajar con los poderes invisibles que producirán efectos en el plano físico, pero sobre todo en el plano espiritual.

La mejor forma de educar y de proteger a los seres, es instruyéndoles sobre el sentido y la importancia de aquello que se les pide hacer o creer. Es preciso mostrar a los cristianos cómo las prácticas religiosas actúan sobre su ser profundo y les conducen así, poco a poco, por el camino de la magia divina, la teúrgia. Comprenderán la importancia del trabajo

que deben hacer sobre ellos mismos para que esas ceremonias alimenten su alma y su espíritu. De lo contrario, no habrá que extrañarse de que los sacerdotes celebren la misa en Iglesias cada vez más vacías. Algunas ya lo están, casi nadie las frecuenta.

Evidentemente se dan explicaciones a este abandono de la práctica religiosa y de los lugares de culto: los pueblos, actualmente más instruidos, han comprendido que se trataba de supersticiones, de creencias erróneas. En realidad, sería posible prescindir de las religiones e iglesias que existen hoy; pero incluso si el ser humano no es consciente de ello, la verdad es que el Creador ha puesto en él un alma y un espíritu cuyas necesidades no puede ignorar durante mucho tiempo. Si aquellos que deben instruir a los creyentes no saben darles los alimentos a los que su alma y su espíritu aspiran, serán otros, más iluminados, quienes se los darán. Un gran movimiento nacerá fuera de la Iglesia: filósofos, místicos, Maestros espirituales les recordarán verdades que ella ignora o ha olvidado. Entonces, el verdadero significado de la misa y de los sacramentos se revelará a todos.

Nota

1 Ver *El Libro de la Magia divina*, Col. Izvor n° 226